

LA IDEA DE RECONCILIACIÓN NACIONAL DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA: LOS DISCURSOS DE YAGÜE Y AZAÑA DE JULIO DEL 38

GUILLERMO VALIENTE

Máster en Educación Secundaria y Bachillerato

g.valiente@usp.ceu.es

RESUMEN: Este estudio analiza los mensajes de reconciliación nacional que pronunciaron durante la Guerra Civil Española el general Yagüe y Manuel Azaña. Muestra que, pese al clima de enfrentamiento total que existía, hubo quienes intentaron forjar un camino de unión entre todos los españoles. Para explicar correctamente los mensajes se estudia también la vida de los autores, así como el contexto en el que los pronunciaron. Si bien estas palabras no sirvieron para detener la guerra, constituyen todavía hoy un ejemplo de humanidad para las futuras generaciones.

PALABRAS CLAVE: Juan Yagüe – Manuel Azaña – reconciliación – Guerra Civil Española

ABSTRACT: This work analyzes the messages of national reconciliation pronounced during the Spanish Civil War by the general Juan Yagüe and Manuel Azaña. It shows that, despite the climate of total confrontation, some people attempted to forge a path connecting the Spanish from both sides. The lives of both figures and the context in which they make their pronouncements have been studied in order to explain correctly the messages. Although these words did not stop the war, they are still an example of humanity for future generations.

KEYWORDS: Juan Yagüe – Manuel Azaña – reconciliation – Spanish Civil War

Guillermo Valiente es Graduado en Humanidades, Máster en Formación del Profesorado de Educación Secundaria y Bachillerato.

INTRODUCCIÓN

En una guerra civil como la que vivieron los españoles entre 1936 y 1939, abundan los mensajes de odio y las acusaciones entre los implicados en el conflicto. En el caso de la Guerra Civil Española, el complicado ambiente social que se vivió a lo largo de la República estalló en el año 1936 y desembocó en un enfrentamiento entre compatriotas que ha supuesto la mayor tragedia de la España contemporánea. Ya antes de las elecciones de 1936 el ambiente no era el más propicio para el buen funcionamiento de la democracia, pues, como indica Ricardo de la Cierva,

“faltaba un requisito esencial: la voluntad de convivencia, que no existía ni en la derecha ni en la izquierda. Aquellas elecciones iban a ser el toque de rebato para la guerra civil”¹.

Durante la contienda, ambos bandos pusieron en marcha una propaganda efectiva al servicio de su causa que incidía en el peligro que representaba el contrario y en la necesidad de acabar con él. Esto provocó que se extendieran las manifestaciones de odio y los mensajes violentos, que no hicieron sino aumentar aún más la tensión y la crispación existentes, e impidieron a los españoles detener la guerra y comenzar un camino de reconciliación, que a la postre resultaría lento y difícil.

El presente estudio busca mostrar cómo en plena contienda hubo personas con una posición relevante dentro del ámbito político o social que, en lugar de tratar de cargar al enemigo con todas las culpas y convertirle en un monstruo al que había que destruir, intentaron promover la unión y el perdón entre todos sus compatriotas. Esto no impidió que los mismos personajes actuaran y se implicaran abiertamente a favor de uno de los dos bandos contendientes.

Para ello, se analiza el discurso conocido como *Paz, piedad, perdón* del entonces presidente de la República, Manuel Azaña, pronunciado el 18 de julio de 1938, y el discurso del general Juan Yagüe en el primer aniversario de la promulgación del Decreto de Unificación, el 19 de abril de 1938, pronunciado en Burgos. Ambos discursos llaman claramente al perdón y a la vez reflejan la situación en que se encontraban sus autores.

El discurso *Paz, piedad, perdón* de Manuel Azaña se publicó en los principales periódicos de la época ya que, al ser un mensaje pronunciado por el presidente de la República, tuvo una gran trascendencia en la prensa del momento. Para este trabajo se ha utilizado el texto publicado en el diario barcelonés *La*

1 R. de la Cierva: *Historia de la Guerra Civil Española*. Madrid, Fénix, 2006, p. 57.

Vanguardia el día 19 de julio de 1938. El discurso de Juan Yagüe se ha extraído de la obra *El general Yagüe: Imágenes inéditas*², publicada por la Fundación María Eugenia Yagüe, en la que se recoge el texto íntegro.

EL GENERAL YAGÜE Y SU DISCURSO EN BURGOS

El general Juan Yagüe Blanco es una de las principales figuras del Alzamiento de 1936 y uno de los principales tácticos de la Guerra Civil. Nacido el 9 de noviembre de 1891, desde muy joven pensó en comenzar la carrera militar, pese al deseo de sus padres de que fuera médico, como su padre y su abuelo.

Fue alumno de la Academia de Infantería de Toledo desde el 29 de agosto de 1907 hasta julio de 1910, y allí conoció a Francisco Franco. Mientras tanto, el Ejército Español fue aumentando sus intervenciones en Marruecos, lo que significó una gran oportunidad para los jóvenes oficiales que deseaban ascender rápidamente presentándose voluntarios para servir en la guerra rifeña.

Tras pasar un largo periodo en Burgos, Yagüe pidió unirse a las fuerzas de África y, en marzo de 1914, fue destinado al Regimiento de Infantería de Saboya, en Tetuán. En septiembre fue enviado a las Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla³, y recibió su bautismo de fuego el día 15 de mayo de 1914. El 30 de diciembre de 1916 ascendió a capitán por Real Orden, pero su carrera iba relativamente lenta en comparación con la de otros militares africanistas.

En la campaña de Marruecos, Yagüe ganó ocho Cruces del Mérito Militar Individual, además de la Medalla Militar que recibió su Grupo de Regulares de Tetuán⁴. Su labor militar en África fue excelente, pero se vio ensombrecida en cierto modo por el éxito de muchos de sus compañeros. En opinión de su biógrafo Luis Togores,

“en otras circunstancias, en otro ejército, el Yagüe de África habría sido un héroe nacional indiscutible, pero en la guerra de Marruecos las laureadas y las medallas militares individuales florecían cosidas en muchas guerreras de héroes indiscutibles, lo que hacía pasar desapercibidos a oficiales como el capitán de regulares que era en aquellos días Yagüe”⁵.

Con la llegada de la República, se vio afectado por el decreto del 19 de mayo de 1931, que le degradaba a comandante, perdiendo así el empleo de teniente

2 M. E. Yagüe Martínez del Campo: *El General Yagüe: Imágenes inéditas. El archivo de mi padre*. Fundación María Eugenia Yagüe, 2011, pp. 129-149.

3 R. Garriga: *El general Juan Yagüe*. Barcelona, Planeta, 1985, p. 12.

4 J. J. Calleja: *Yagüe: un corazón al rojo*. Barcelona, Juventud, 1963, p. 50.

5 L. E. Togores: *Yagüe: el general falangista de Franco*. Madrid, La esfera de los libros, 2010, p. 68.

coronel. Con la ley de Azaña, muchos militares se enemistaron con la recién nacida República, pues muchos fueron degradados al igual que Yagüe y lo interpretaron como una humillación. A esto se unía además la animadversión que mostraba una gran parte de las izquierdas hacia el Ejército. Juan Yagüe no recuperaría el grado de teniente coronel hasta julio de 1932.

Yagüe se sintió atraído muy pronto por el discurso falangista, debido a su patriotismo castrense y a su deseo de justicia social, que encajaban perfectamente con el espíritu de FE de las JONS. Rechazaba tanto a las izquierdas, por su carácter revolucionario como a las derechas, por su falta de conciencia social. Por ello, se convirtió en un gran admirador de José Antonio Primo de Rivera.

Yagüe intervino con éxito, al mando de las tropas de África, en las operaciones llevadas a cabo para detener la revolución socialista de octubre de 1934. Tras la revolución, fue acusado de haber permitido que sus hombres llevaran a cabo una feroz represión, pero lo cierto es que el presidente de la República le concedió la Medalla Militar como premio a su labor de control de los revolucionarios⁶. Más tarde, en enero de 1936, se le destinaba al Tercio y se le confiaba el mando de la 2ª Legión⁷.

Tras la victoria del Frente Popular en febrero de 1936 el ambiente se fue haciendo cada vez más difícil, y muchos militares se convencieron de que la única solución a los problemas era una acción encabezada por el Ejército. En el golpe de Estado que se preparaba, Mola designó a Yagüe para que dirigiera la conspiración en África y le asignó la jefatura de las fuerzas de Marruecos hasta que llegase el general Franco⁸. Por lo tanto, su puesto al frente de la 2ª Legión hacía que para el gobierno fuera recomendable apartarlo del mando de tropas, sin embargo, cuando llegó el verano de 1936, conservó su puesto al frente de los legionarios de Ceuta⁹.

La sublevación en Marruecos fue un éxito y Yagüe cumplió perfectamente las órdenes de Mola. El 7 de agosto Yagüe se trasladó a la península para ponerse al frente del Ejército Expedicionario, que comenzó su marcha hacia Madrid. Mientras tanto, la represión, practicada por ambos bandos, se extendía por toda España.

El 14 de agosto de 1936 Yagüe logra tomar Badajoz, donde los vencedores desencadenan una dura represión. La explicación de los hechos que da Ricardo de la Cierva es la siguiente:

“Tras tomar Badajoz, Yagüe tenía que reanudar inmediatamente el avance y no quiso dejar a su espalda la menor po-

6 J. J. Calleja, op. cit., p. 67.

7 R. Garriga, op. cit., p. 67.

8 *Ibíd.*, p. 80.

9 L. E. Togores, op. cit., pp. 18-19.

sibilidad de un reavivamiento de la resistencia en una capital dominada políticamente por las izquierdas. Ordenó la inmediata formación de tribunales de guerra, que actuaron, por ese motivo, de forma implacable. Tanto que dieron pábulo, junto al encarnizamiento de los combates, a la leyenda negra sobre las matanzas de Badajoz (...) La leyenda de Badajoz fue un invento del periodista norteamericano, cordial enemigo de los rebeldes, Jay Allen, corresponsal del Chicago Tribune, que entró en Badajoz nueve días después de la conquista”¹⁰.

El 6 de septiembre, la Junta de Defensa Nacional nombra a Yagüe coronel habilitado y le otorga el mando de todas las tropas legionarias. No sería hasta octubre de 1937 cuando ascendiera a general.

Juan Yagüe era uno de los mayores defensores de la designación de Franco como Jefe del Gobierno del Estado¹¹. Además, estaba convencido de la necesidad de buscar la reconciliación entre las dos Españas, por lo que no dejaría de lanzar mensajes de concordia durante todo el conflicto y después de él, muchos de los cuales no gustaron dentro del propio bando nacional.

Yagüe desempeñó un brillante papel en la campaña de Aragón y demostró ser uno de los mejores tácticos de la Guerra Civil, pues empleó con gran eficacia la «guerra relámpago». En noviembre de 1937 se hace cargo del Cuerpo de Ejército Marroquí, a cuyos soldados les dirá que “perdonar al enemigo caído demuestra grandeza de alma y conciencia de nuestra fortaleza. Sólo el débil o el cobarde es cruel”¹², lo que constituye una muestra más de su humanidad hacia los rivales durante la guerra.

Precisamente, la mejor muestra de esa humanidad de la que hizo gala Yagüe durante toda su vida puede encontrarse en el discurso de Burgos del 19 de abril de 1938, primer aniversario de la unificación entre el carlismo y la Falange. El general comenzó su discurso pidiendo perdón:

“Vengo a pedir perdón por los que sufren, a tratar de sembrar el amor y desterrar el odio, a restañar heridas”¹³.

Y continuó reconociendo el valor del enemigo y la piedad de sus soldados:

“Los rojos luchan con tesón, defienden el terreno palmo a palmo, y cuando caen lo hacen con gallardía. Han nacido

10 R. de la Cierva, op. cit., pp. 223-224.

11 R. Garriga, op. cit., p. 115.

12 J. J. Calleja, op. cit., p. 179.

13 M. E. Yagüe Martínez del Campo, op. cit., p. 130.

en esta santa tierra que endurece los músculos y temple el corazón; han nacido bajo este sol de fuego de nuestra España que desata las pasiones y las hace impetuosas, han nacido en España, son españoles y por tanto valientes.

(...) Cuando el soldado azul, siempre valiente, se encuentra con el soldado rojo, valiente también, le extiende los brazos y con el abrazo, empiezan a comprenderse, acaso adivinen el próximo enemigo común y sienten allí en los frentes, sobre la tierra española sangrante, la necesidad de unificarse”¹⁴.

Su discurso también pedía solidaridad y justicia:

“El tener jueces íntegros que nos garanticen una justicia justa e igual para todos es más fundamental todavía que la justicia social (...) El día que nosotros tengamos jueces que nos garanticen que la ley ha de ser igual para todos, el día que nosotros hablemos de estos jueces con orgullo y veneración, el día que cuando nos encontremos nosotros a esos magistrados por la calle les cedamos el paso y les saludemos como seres casi divinos, el día que podamos decir con orgullo “aún hay jueces en España”, ese día se habrá dado un paso de gigante para la unificación y para la grandeza de España”¹⁵.

Pero, sobre todo, a lo largo del discurso insistió en que lo fundamental es el perdón:

“Para darle a la unificación calor humano, para que ésta sea sentida y bendecida en todos los hogares, hay que perdonar. Perdonar. Perdonar sobre todo. En las cárceles hay camaradas, miles y miles de hombres que sufren prisión. Y por qué. Por haber pertenecido a algún partido o algún sindicato. Entre esos hombres hay muchos honrados y trabajadores que con muy poco esfuerzo, con un poco de cariño se les incorporaría al Movimiento.

14 *Ibíd.*, p. 133.

15 *Ibíd.*, pp. 137-138.

(...) Hay que ser generosos, camaradas. Hay que tener el alma grande y saber perdonar. Nosotros somos fuertes y nos podemos permitir ese lujo.

(...) Yo pido a las autoridades que revisen expedientes y revisen fichas. Que lean antecedentes y que vayan poniendo en libertad a esos hombres para que devuelvan a sus hogares el bienestar y la tranquilidad para que podamos empezar a desterrar el odio, para que cuando venimos a predicar todas estas cosas grandes de nuestro credo no veamos entre el público sonrisas de escepticismos y acaso miradas de odio, porque tened en cuenta que en el hogar donde haya un preso sin que haya habido un delito tiene que anidar el odio.

Y si pido perdón para esos hombres equivocados o envenenados enemigos míos en un tiempo, camaradas míos en el futuro, y si pido perdón para esos hombres, calculad con qué fervor, con qué humildad, con qué ansiedad lo voy a pedir para esos camisas azules, soldados de la vieja guardia, que si están en la cárcel será porque han delinquido, que duda cabe, pero de buena fe”¹⁶.

El discurso del 19 de abril es, por tanto, un mensaje de perdón y de reconciliación que Yagüe envía a todos los españoles. Es la máxima muestra del deseo de unidad que él había albergado desde el inicio de la guerra y está fuertemente influenciado por el ideario nacionalsindicalista que profesaba, algo que se pone de manifiesto en la petición de piedad para los falangistas presos. No sólo se limita a pedir perdón y comprensión hacia los enemigos, sino que incide también en la importancia de la justicia y del bienestar de los más necesitados.

Todos estos deseos y preocupaciones los vuelve a poner de manifiesto Yagüe al despedirse de sus soldados en su última Orden General, del 19 de abril de 1939:

“Ahora, para lanzar a nuestra España por la ruta gloriosa e imperial que soñaban nuestros muertos, tenéis que luchar con enemigos sutiles, egoístas y cobardes que están dentro y fuera de España, a la derecha y a la izquierda, y que tratarán de impedir o de frenar vuestra marcha triun-

16 M. E. Yagüe Martínez del Campo, op. cit., pp. 140-142.

fal. Son los que vivían bien cuando nosotros malvivíamos en un régimen colonial. Son los que pretenden mantener privilegios absurdos y vivir sin freno ni justicia. Son los de horizonte limitado, vida material y alma lugareña que, incapaces (hasta en este momento clave de nuestra historia) de conseguir la gran catedral que reclaman nuestros muertos, quieren hacer capillitas. Son los que nada hacen para aumentar el poderío y riqueza de España, parásitos que viven de la savia del que trabaja y produce.

(...) Os pusisteis sin titubear al lado de una España pobre y débil, porque la asistía la justicia y la razón, y no os importó tener enfrente enemigos poderosos. Ahora poneos también del lado del pobre y del débil si le asisten la razón y la justicia, por poderoso que sea el que se ponga enfrente”¹⁷.

Esta Orden General no tuvo mucha difusión y se limitó al ámbito castrense, pero permite ver cómo Yagüe quería para España acabar con aquellos que se aprovechaban del trabajo de los demás, una justicia igual para todos los españoles y que sus soldados se pusieran siempre del lado del débil cuando éste tuviera la razón. Él solía decir: “justicia, señores, justicia; que por el camino de la honradez iremos lejos”¹⁸. Sus intentos por lograr la reconciliación nacional le traerían muchos problemas.

Yagüe soñaba con una España nueva en la que imperase la justicia y los españoles estuvieran unidos bajo un modelo social falangista. Nunca criticó a los trabajadores que habían abrazado ideales socialistas y, en cambio, siempre cargó contra aquellos que explotaban a los obreros.

Después de la guerra, intentó interceder por algunos republicanos condenados y ayudó a familias con problemas económicos. Visitó Alemania y fue un decidido germanófilo e intervencionista, pues estaba convencido de la victoria de Hitler en la Guerra Mundial. Tras su visita a Alemania fue nombrado Ministro del Aire en agosto de 1939, y durante su mandato impulsó la construcción de viviendas para las clases desfavorecidas.

El 27 de junio de 1940 fue cesado como ministro debido a los recelos que empezaban a despertar los falangistas y a sus constantes proclamas a favor de los obreros y en contra de toda actitud vengativa. Además, también molestaba su posicionamiento sin disimulo a favor de sumarse a los alemanes en la gue-

17 L. E. Togados, op. cit., pp. 541-542.

18 J. J. Calleja, op. cit., p. 179.

rra. Esto evidenció las diferencias que existían entre él y Franco acerca de cuál debía ser el futuro de España. No será hasta 1942 cuando sea llamado de nuevo para asumir el mando de las fuerzas del protectorado. En opinión de Ramón Garriga, este nombramiento le sirvió a Franco para reconciliarse con Yagüe y para demostrar a los alemanes que no se había puesto del lado de los aliados, que acababan de hacer importantes desembarcos en África¹⁹.

El 24 de septiembre de 1944 Franco le asciende al grado de teniente general y le pone al mando de la Capitanía General de la 6ª Región Militar, con cabecera en Burgos. Su primera consigna como Capitán General será “pedir la unión fraternal, sin resquicios de ninguna clase, de todos los que visten uniforme”²⁰.

Además de interesarse por los presos de los campos de concentración, Yagüe se preocupó de aquellos militares republicanos que estaban en el exilio y no tenían delitos de sangre. Él mismo ponía en práctica sus palabras de reconciliación y unidad. Siempre tuvo presentes las palabras que había pronunciado en Ceuta casi al inicio de la Guerra Civil, en noviembre de 1936:

“Es necesario que en España desaparezca el odio, que nos queramos todos como hermanos, que no tratemos de destruirnos como animales, ni establecer diferencias de clase, sino que todos unidos, amándonos como hermanos, sabiendo que tenemos la misma sagrada misión que cumplir, rememos en idéntica dirección, nos auxiliemos, nos ayudemos, tendámonos la mano en el peligro y nos consolemos como se consuelan los amantes, mirándose a los ojos, juntando sus corazones”²¹.

Yagüe nunca se benefició en nada del resultado de la Guerra Civil y sólo buscó para sí el reconocimiento militar. Vivió de forma austera y fue siempre consciente de las dificultades que aquejaban a muchos españoles. El 1 de abril de 1945, en Burgos, recuperará el mensaje de justicia social que había pronunciado en la misma ciudad siete años antes y dirá:

“Mientras haya familias que no puedan atender a sus necesidades más elementales, que vivan en un amontonamiento inmoral e inhumano, que no tengan donde educar a sus hijos ni curar a sus enfermos; mientras llegue el ruido de las fiestas a los que tienen hambre; mientras al lado de

19 R. Garriga, op. cit., p. 222.

20 J. J. Calleja, op. cit., p. 201.

21 *Ibíd.*, p. 217.

la miseria estén la abundancia y el lujo, no puede haber unión; habrá resignación externa y rebeldía interna”²².

Juan Yagüe falleció el 21 de octubre de 1952. Franco le ascendió, a título póstumo, a Capitán General del Ejército Español, y le concedió el título de marqués de San Leonardo de Yagüe, su pueblo natal. Este marquesado sería para sí, y para sus hijos y sucesores legítimos por el orden regular de sucesión y con carácter perpetuo. Además, la Falange le concedió su más importante condecoración al valor, la Palma de Plata, por iniciativa de la Secretaría General del Movimiento²³.

MANUEL AZAÑA Y SU PETICIÓN DE PAZ, PIEDAD Y PERDÓN

Manuel Azaña es la principal figura de la II República, y durante aquel periodo fue incluso, para muchos republicanos, la personificación del régimen. Sin embargo, durante la Guerra Civil, con el derrumbe de los partidos republicanos, se convertiría en una mera figura decorativa que no encajaba bien entre los diferentes partidos y sindicatos obreros, como él mismo reconocería. Pese a rechazarla con todas sus fuerzas, lo cierto es que acabó presidiendo una guerra civil, algo que para él fue un fracaso tanto de la República como suyo propio, por no haber sabido evitarlo.

Fue uno de los mejores oradores del régimen republicano, aunque es posible que, como afirma Federico Suárez, “se haya puesto demasiada atención a sus palabras y demasiado poca a los hechos”²⁴ y, si bien es cierto que “fueron sus intervenciones las que más contribuyeron a que saliera adelante lo más espinoso de la Constitución, sus discursos fueron más brillantes que convincentes los argumentos con los que persuadía”²⁵.

Políticamente era un burgués de ideas reformistas, pero consideraba que los republicanos de izquierda debían colaborar con las fuerzas obreristas para poder hacer las transformaciones necesarias para España. Esto, unido a que rechazaba cualquier intento de cambiar la Constitución de 1931 por considerarlo un acto contra la República, le llevará a intentar marginar políticamente a las derechas. A lo largo de su vida tendrá lugar una progresiva radicalización de sus posturas políticas²⁶.

Tras militar en el Partido Reformista de Melquíades Álvarez, lo que le lleva a decantarse por el republicanismo es la Dictadura de Primo de Rivera, que

22 *Ibíd.*, p. 216.

23 L. E. Togados, *op. cit.*, pp. 841-842.

24 F. Suárez: *Manuel Azaña y la guerra de 1936*. Madrid, Rialp, 2000, p. 17.

25 *Ibíd.*, p. 71.

26 S. Juliá: *Vida y tiempo de Manuel Azaña 1880-1940*. Madrid, Santillana, 2008, p. 116.

él ve no como una interrupción del sistema de la Restauración sino como su expresión más clara. En la década de los veinte, llegó a la conclusión de que la Monarquía de Alfonso XIII era incompatible con la democracia y comenzó a abogar por el establecimiento de una República en España.

En 1930, antes de la llegada de la II República, Azaña ya manifiesta su idea de que ésta debía ser una República de izquierdas, con lo que excluía de su idea de gobierno a la mitad de los españoles:

“La República cobijará sin duda a todos los españoles; a todos les ofrecerá justicia y libertad; pero no será una monarquía sin rey: tendrá que ser una República republicana, pensada por los republicanos, gobernada y dirigida según la voluntad de los republicanos”²⁷.

Con la llegada de la II República el 14 de abril de 1931, Azaña, tras un breve paso por el Ministerio de Guerra en el Gobierno provisional, se convertirá en el presidente del Gobierno durante el primer bienio del régimen, en coalición con los socialistas. Si bien él consideraba imprescindible la unión con los socialistas por considerar que eran necesarios para impulsar las reformas adecuadas, también es cierto que, sin su apoyo, Azaña no tenía apenas capacidad de actuar. En opinión de José María Marco, “en el fondo, Azaña, con un partido minoritario y unos pocos diputados en las Cortes, no era tan fiero como a él mismo le gustaba pintarse y como quizá le habría gustado a la derecha que fuera”²⁸.

El primer bienio del régimen, durante el cual Azaña estuvo al frente del Gobierno, estuvo lleno de problemas en las calles y la mayoría de las reformas no se culminaron adecuadamente o no dieron resultado. El Gobierno se vio desbordado por la conflictividad social, lo que provocó su caída. Tras la llegada al poder de los radicales de Lerroux, Azaña, en la oposición, insistió en su idea de que había que excluir a las derechas del gobierno y poco antes de la Revolución de Octubre de 1934, el 30 de agosto, llega a decir:

“Si un día viéramos a la República en poder de los monárquicos, más o menos disfrazados, y para justificarlo se me aludiera a un artículo constitucional, yo lo protestaría, porque no se puede concebir en la moral política más sencilla que se haya hecho un código fundamental de la República para destruirla. Entonces diría que se había acabado la época de los errores y había comenzado la época

27 M. Azaña: *Discursos políticos*. Barcelona, Crítica, 2004, p. 69.

28 J. M. Marco: *Azaña: una biografía*. Madrid, Libros libres, 2007, p. 238.

de las traiciones; entonces estaríamos desligados de toda fidelidad, no ya al sistema que se sigue sino al contenido mismo del régimen y a sus bases fundamentales, y sería hora de pensar que, habiendo fracasado el camino del orden y de la razón, habríamos de renunciar a la renovación de España, o habríamos de conquistar a pecho descubierto las garantías de que el porvenir no volvería a ponerse tan oscuro como está actualmente”²⁹.

De cara a las elecciones de febrero de 1936 la izquierda se agrupó en el llamado Frente Popular para tratar de evitar que se repitiese la derrota sufrida en el año 33. Pese a ello, Azaña desconfiaba de la idea de una organización por encima de los partidos. Tras las elecciones, el Frente Popular se hizo con el poder y Azaña volvió a situarse al frente del Gobierno. Poco después, en el mes de mayo, Azaña llegaría a la Presidencia de la República, y el gobierno quedaría en manos de su compañero de Izquierda Republicana Casares Quiroga.

Alcalá-Zamora consideró que su expulsión de la Presidencia de la República y la llegada de Azaña se hicieron de forma absolutamente irregular y, en un artículo publicado en el diario argentino *La Nación* el 21 de agosto de 1936, hablaba de:

“Golpe de Estado del 3 y del 7 de abril, en que se desbordó la cámara destituyéndome, contra toda razón y derecho, para ahorrarme las amargas de la responsabilidad y del combate; pero también para inferir el más grave e imprudente de los daños al régimen, cuyo espíritu de defensa se pretendía monopolizar, con exclusivismo que era de goce en el mando, y que aun siendo tendencia, supone destruir la generosa y total amplitud de la República”³⁰.

Alcalá-Zamora pensaba que con la llegada de Azaña la jefatura del Estado había pasado a ser propiedad de una parte de los españoles y, por tanto, había dejado de representar a todos los ciudadanos.

En este momento, los ánimos de la sociedad española estaban ya muy crispados, pues la situación se había vuelto prácticamente insostenible tras la fallida intentona revolucionaria de 1934. La violencia política se disparó y el Gobierno fue incapaz de contener la conflictividad social, algo que era en bue-

²⁹ M. Azaña, *Discursos políticos*, p. 390.

³⁰ N. Alcalá-Zamora: *Obra completa: Artículos publicados en el diario “La Nación” (Buenos Aires, 1936-1939)*. Málaga, Patronato Niceto Alcalá-Zamora y Torres, 2004, p. 66.

na medida reflejo de los problemas internos del Frente Popular. El día 13 de julio fue asesinado por miembros de las fuerzas del orden público y militantes socialistas el líder de la derecha José Calvo Sotelo, y explica José María Marco que, “cuando Casares Quiroga le presenta a Azaña su dimisión tras el asesinato de Calvo Sotelo, éste se niega a aceptarla para no dar la impresión de dejar a un amigo en la estacada. Pero no podía ignorar que aquello suponía respaldar una política insensata”³¹.

Con el inicio de la Guerra Civil, los partidos y sindicatos frentepopulistas se lanzaron a hacer la revolución. Azaña no oculta ni su desprecio hacia los sublevados ni su desesperación ante la deriva revolucionaria que impedía la consolidación de una República democrática y el triunfo militar. Para él, la revolución social a la que apelaban los sindicatos y partidos obreros no era más que “abundancia de desorden”³². Rechaza también la retórica antifascista que se impone en la España republicana y, casi presagiando lo que ocurriría tras la guerra, considera que el fascismo es improbable que se dé en España, donde a su juicio se caería “en una dictadura militar y eclesiástica de tipo tradicional”³³.

Azaña estaba convencido de que la Guerra Civil era un problema interno de España que podría haberse ahorrado si los españoles hubieran comprendido que estaban obligados a soportarse. La guerra suponía para él el fracaso de todo aquello a lo que había entregado su esfuerzo, y por eso él no podía negar una parte de responsabilidad en el desastre. Siempre dijo que “no se triunfa sobre compatriotas” y trató de buscar una mediación exterior. Lejos de poder cumplir sus esperanzas reformistas, tuvo que presidir una República en la que se había extendido el desorden y la violencia y firmar la creación de los Tribunales Populares, lo que significaba acabar con la legalidad.

En este sentido, su actitud contrasta con la de otros prohombres republicanos como Marañón, que pasó de su inicial entusiasmo por la República a apoyar el alzamiento con artículos como “Liberalismo y comunismo”, publicado en *Revue de Paris* el 15 de diciembre de 1937, o Niceto Alcalá-Zamora, que también se distanció del bando republicano y expresó que el final de las hostilidades era “el deber ineludible, con la responsabilidad inexorable de todos, sin excepción”³⁴.

La idea que tenía Azaña de una República democrática y liberal se había esfumado, pero él era consciente de que era un Jefe del Estado legal y por ello representaba a la nación y a todos los ciudadanos, no sólo a los del bando republicano. Muchas veces, a lo largo de la guerra, estuvo tentado de dimitir, pero consideró que ello habría supuesto el fin de la República, pues en aquellas cir-

31 J. M. Marco, op. cit., pp. 264-265.

32 S. Juliá, op. cit., p. 393.

33 J. M. Marco, op. cit., p. 306.

34 N. Alcalá-Zamora, op. cit., p. 75.

cunstancias, en plena guerra y con la división entre partidos cada vez más acentuada, habría sido imposible un reemplazo presidencial³⁵. Él siempre rechazó la idea de que existiera una supuesta “tercera España” y permaneció al frente de lo que quedaba de la República por su total rechazo a la rebelión y por respeto a los combatientes³⁶. Además, su renuncia habría significado admitir su fracaso al frente de la República.

Su permanencia como presidente de la República le costó muchos sufrimientos, pues tuvo que aceptar cosas que política y moralmente consideraba inaceptables. Sin embargo, lo consideró un deber que estaba obligado a cumplir, y les reprochó a muchos de sus antiguos compañeros que no hubieran hecho lo mismo que él. El 19 de agosto de 1937 escribía en su diario:

“¡Republicanos para ser ministros y embajadores en tiempos de paz; republicanos para emigrar cuando hay guerra! Y dejarme solo en Madrid, desde el Presidente de las Cortes hasta el último diputado, con la excepción de Giral y poco más. ¡Abominable!”³⁷.

Azaña nunca confió en las posibilidades de victoria de la República, y menos tras la deriva revolucionaria que adoptaron los distintos grupos del Frente Popular. Muy pronto cambió su inicial repudio hacia los sublevados por una actitud de profunda resignación ante todo lo que ocurría a su alrededor. Una muestra es lo que puede leerse en su Cuaderno de la Pobleña el 1 de julio de 1937:

“Rencor no le tengo a nadie. Es incompatible con la paz interior. Mi espíritu repele la pasión rencorosa, como mi organismo repele el alcohol. Ahora mismo, no siento el más mínimo deseo de vengarme de los rebeldes, ni en conjunto ni personalmente”³⁸.

Junto a esta actitud resignada, el presidente de la República adoptó un discurso pacificador motivado en buena parte por los malos resultados que estaba obteniendo el Ejército republicano en el desarrollo de la guerra. El 21 de enero justifica la postura defensiva de la República en el conflicto:

“Cuando se hace la guerra, que es siempre aborrecible, y más si es entre compatriotas; cuando se hace la guerra, que

35 S. Juliá, op. cit., p. 395.

36 *Ibíd.*, p. 401.

37 M. Azaña: *Diarios completos*. Barcelona, Crítica, 2000, p. 1102.

38 *Ibíd.*, pp. 1006-1007.

es siempre funesta, incluso para quien la gana, hace falta una justificación moral de primer orden que sea inatacable, que sea indiscutible (...) Hacemos una guerra terrible, guerra sobre el cuerpo de nuestra propia patria; pero nosotros hacemos la guerra porque nos la hacen (...) Nuestra justificación es plena ante la conciencia más exigente, ante la historia más rigurosa”³⁹.

En el mismo discurso llamaba al entendimiento entre los españoles:

“Que el pueblo español sepa encontrar el camino, las personas, los programas y los hechos necesarios para su reconstrucción moral, política y social, que importa más que la reconstrucción material de las ciudades destruidas, con importar mucho ésta”⁴⁰.

Añadía después que la victoria en la guerra no sería un verdadero triunfo:

“No será un triunfo personal, porque cuando se tiene el dolor de español que yo tengo en el alma, no se triunfa personalmente contra compatriotas. Y cuando vuestro primer magistrado erija el trofeo de la victoria, su corazón de español se romperá, y nunca se sabrá quién ha sufrido más por la libertad de España”⁴¹.

Azaña repitió este tipo de mensajes a lo largo del conflicto civil, pero el que ha sido recordado como el principal llamamiento a la reconciliación es el discurso que pronunció en Barcelona el 18 de julio de 1938, en un contexto muy complicado para la República, cuyo gobierno había trasladado la capitalidad del Estado a la ciudad condal. Las derrotas militares habían distanciado completamente a Azaña y al presidente del Gobierno, Juan Negrín, pues mientras que este último quería resistir a toda costa en espera de que estallara una guerra en Europa, Azaña deseaba poner fin a las hostilidades y negociar la paz.

Manuel Azaña dirige su discurso a todos los españoles y se expresa con honestidad:

39 M. Azaña, *Discursos políticos*, p. 463.

40 *Ibíd.*, p. 473.

41 *Ibíd.*, p. 475.

“Hablo para todos, incluso para los que no quieren oír lo que se les dice, incluso para los que, por distintos motivos contrapuestos, acá o allá, lo aborrecen.

(...) Al cabo de dos años, en que todos mis pensamientos políticos, como los vuestros; en que todos mis sentimientos de republicano, como los vuestros, y en que mis ilusiones de patriota, también como las vuestras, se han visto pisoteados y destrozados por una obra atroz, no voy a convertirme en lo que nunca he sido: un banderizo, obtuso, fanático y cerril”⁴².

Aprovecha para lanzar una dura crítica hacia los sublevados:

“A los españoles que han favorecido y aprovechado la invasión extranjera se les dice, para consolarlos, que esa invasión, con todas sus incalculables consecuencias, que todavía no se han puesto a luz del todo, es la piedra angular en que se ha de fundar el nuevo Imperio español (...) ¡Sería un singular Imperio el que, para nacer, comienza echándose a los pies de sus amigos y valedores, dejándose aherrojar por ellos! (...) Yo me pregunto si todos los colaboradores de la invasión extranjera o los que padecen, pues hay muchos que la padecen, cuando vean las ciudades arrasadas y los españoles muertos a millares por obra de las armas extranjeras, se consolarán de su dolor de españoles pensando: “Es el Imperio que nace”. ¡Triste consuelo!

(...) Aquellos que, con esta operación, pensaban poner a salvo una parte de su riqueza o de su interés han averiguado ya que, merced a su operación, han sufrido lesiones, en el orden material y en el orden moral, mucho mayores que las que hubieran podido sobrevenirles de la República, aunque la República hubiera sido revolucionaria, y no moderada y parlamentaria como realmente era”⁴³.

Continúa el discurso pidiendo una política de reconciliación:

⁴² *La Vanguardia*, 19/07/1938, p. 1.

⁴³ *Ibíd.*, p. 11.

“Yo afirmo que ningún credo político, venga de donde viniere, aunque hubiere sido revelado en una zarza ardiendo, tiene derecho, para conquistar el poder, a someter a su país al horrendo martirio que está sufriendo España.

(...) Si en vez de cometer esta locura se hubiera seguido en el régimen normal, a estas horas es casi seguro que estaríamos en vísperas de una nueva consulta electoral, en la cual todos los españoles, libremente, podrían probar sus fuerzas políticas en España. ¿Qué negocio ha sido éste de desencadenar la guerra civil?

(...) Todos los españoles tenemos el mismo destino, un destino común, en la próspera y en la adversa fortuna, cualesquiera que sean la profesión religiosa, el credo político, el trabajo y el acento.

(...) No es aceptable una política cuyo propósito sea el exterminio del adversario. Habría que disipar el miedo y habría que sobresanar el odio, porque por mucho que se maten los españoles unos contra otros, todavía quedarían bastantes que tendrían necesidad de resignarse a seguir viviendo juntos, si ha de continuar viviendo la nación”⁴⁴.

Apela a la unidad de todos los españoles:

“La reconstrucción de España será una tarea aplastante, gigantesca, que no se podrá fiar al genio personal de nadie, ni siquiera de un corto número de personas o de técnicos; tendrá que ser obra de la colmena española en su conjunto, cuando reine la paz, una paz nacional, una paz de hombres libres, una paz para hombres libres.

(...) Todos somos hijos del mismo sol y tributarios del mismo arroyo. Ahí está la base de la nacionalidad y la raíz del sentimiento patriótico, no en un dogma que excluya de la nacionalidad a todos los que ya no lo profesen, sea un dogma religioso, político o económico. ¡Ése es un concepto islámico de la nación y del Estado! Nosotros vemos

⁴⁴ *La Vanguardia*, 19/07/1938, pp. 11-12.

en la patria una libertad, fundiendo en ella no sólo los elementos materiales de territorio, de energía física o de riqueza, sino todo el patrimonio moral acumulado por los españoles en veinte siglos y que constituye el título grandioso de nuestra civilización en el mundo”⁴⁵.

Y termina pidiendo para los españoles paz, piedad y perdón:

“Es obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acabe como nosotros queremos que se acabe, sacar de la lección y de la musa del escarmiento el mayor bien posible, y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordarán, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres, que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: paz, piedad y perdón”⁴⁶.

El mensaje de Azaña, aunque tuvo un gran eco en la prensa, no provocó ningún cambio en el desarrollo de la guerra, y, el 12 de agosto de 1938, él mismo anota en su diario:

“Tarradellas me cuenta que ayer fusilaron a 58. Datos que me envía Irujo. Horrible. Indignación mía por todo eso. A los ocho días de hablar de piedad y perdón, me refriegan 58 muertos. Sin decirme nada, ni oír mi opinión. Me enterero por la prensa, después que está hecho”⁴⁷.

Azaña se mostró siempre orgulloso de sus intentos por convencer a Negrín de que era necesaria una paz negociada, pues estaba convencido de que continuar

45 *Ibíd.*, p. 12.

46 *La Vanguardia*, 19/07/1938, p. 12.

47 M. Azaña, *Diarios completos*, p. 1238.

la guerra era exigir a los soldados republicanos sacrificios estériles. Finalmente, dimitió en febrero de 1939 convencido de que

“solamente a fuerza de energía en el análisis y de lealtad para con nosotros mismos podrá llegar a salvarse lo que haya de sano, no en la institución republicana, sino en la aspiración nacional que la República quiso representar, lo único que sobrevive de la catástrofe”⁴⁸.

Su dolor por lo ocurrido en España le acompañará hasta el final de su vida como una pesada carga, pues su racionalismo no le permitía comprender cómo los españoles habían llegado tan lejos. En una carta a Ángel Ossorio del 28 de junio de 1939, acabada la guerra, dice:

“Veo en los sucesos de España un insulto, una rebelión contra la inteligencia, un tal desate de lo zoológico y del primitivismo incivil, que las bases de mi racionalismo se estremecen. En este conflicto, mi juicio me llevaría a la repulsa, a volverme de espaldas a todo cuanto la razón condena. No puedo hacerlo. Mi duelo de español se sobrepone a todo. Esta servidumbre voluntaria me ha de acompañar siempre y nunca podré ser un desarraigado. Siento como propias todas las cosas españolas, y aun las más detestables hay que conllevarlas, como una enfermedad penosa”⁴⁹.

Por eso, Azaña siempre tuvo muy claro que, en realidad, “la guerra no la habían perdido sólo la República y sus defensores. La habían perdido todos los españoles”⁵⁰.

LOS DISCURSOS DE LA RECONCILIACIÓN: UNA PERSPECTIVA COMPARADA

Los dos mensajes estudiados en este trabajo comparten un deseo general de impulsar el perdón, la comprensión y el entendimiento entre adversarios. Si bien los discursos difieren entre sí en el carácter y estilo de cada texto, palabras como perdón, solidaridad, generosidad, piedad, paz o justicia son comunes a ambos. Cada mensaje tiene un fin y un contexto concretos, pero, al mismo tiempo, su contenido es universal y aplicable a cada una de las personas que sufrieron el conflicto civil.

48 J. M. Marco, op. cit., p. 343.

49 M. Azaña, *Diarios completos*, pp. 1259-1260.

50 M. Azaña: *Causas de la guerra de España*. Barcelona, Crítica, 2002, p. 138.

ESTILO DE LOS DISCURSOS

Un aspecto fundamental en el que se distinguen los mensajes, sin que ello suponga una merma de su similitud en cuanto a la intención final, es en el estilo. Cada uno de los dos presenta un estilo definido por el destinatario al que va dirigido y por las circunstancias en que se pronuncia.

El discurso de Yagüe se encuentra a medio camino entre la arenga militar, la prédica política y la denuncia. Es un mensaje pronunciado a modo de advertencia para sus propios compañeros del bando nacional, para las autoridades, a las que pide justicia tanto para el enemigo como para los camaradas encarcelados. En todo momento considera a los enemigos como españoles, como hermanos, y por ello insiste en que es necesario saber perdonar, por encima de las diferencias políticas existentes, pues el perdón es propio de los fuertes. Es un discurso que supone toda una denuncia de la falta de piedad y generosidad, y que contiene un sutil mensaje dirigido a las autoridades del Gobierno de Burgos, que mantenían encarcelados a numerosos falangistas a raíz de las diferencias políticas surgidas tras el Decreto de Unificación. Yagüe buscaba la manera de integrar al enemigo en el duro esfuerzo de reconstruir España.

Tres meses después de que Yagüe pronunciara su discurso, el presidente de la República, Manuel Azaña, lanzó un mensaje que coincidía en lo sustancial con el del general y que pedía paz, piedad y perdón. Azaña se dirige a todos los españoles, a todos aquellos que quisieran escucharle. Sus palabras son las de un Jefe del Estado que se dirige a sus compatriotas. A lo largo de todo el discurso se percibe una sensación de derrota, de que su discurso es el de alguien que se encuentra vencido y sólo le queda pedir perdón y humanidad.

El discurso de Azaña es plenamente sincero y deja traslucir su sufrimiento, causado por la situación en que se encontraba España y él mismo. Además, tiene un estilo enormemente literario, estilo que estaba presente en la mayoría de discursos y textos del político alcalaíno.

LAS CIRCUNSTANCIAS DE LOS DISCURSOS Y DE SUS AUTORES

Los dos discursos guardan una estrecha relación con las circunstancias que vivía su autor en el momento en que fueron pronunciados, y también por el estado de la Guerra Civil Española en ese momento.

Juan Yagüe pronuncia su discurso el 19 de abril de 1938, en el primer aniversario de la unificación de la Falange con el carlismo. El Decreto de Unificación del 19 de abril de 1937 se había encontrado con una gran oposición por parte de algunos sectores de la Falange y también del carlismo. Hubo 1.521 detenciones⁵¹. Yagüe veía cómo camaradas que, al igual que él, habían luchado por el triunfo del ideal nationalsindicalista, se encontraban

⁵¹ G. Morales y L. E. Togoeres, op. cit., p. 42.

ahora en prisión por motivos políticos. Por ello, él iba a pedir perdón para esos compañeros que se encontraban presos, pero también, influido por el ideal joseantoniano de la justicia, lo pediría para todas aquellas personas del otro bando que estuvieran sufriendo la cárcel por motivos políticos, por diferencias ideológicas.

Esa política de reconciliación nacional que promovía Yagüe, su deseo de recuperar a todos los republicanos para la causa nacional, era, como hemos visto, un pensamiento muy extendido entre todos los líderes falangistas. Esta visión no era compartida por Francisco Franco que, tal y como le explicó al general italiano Faldella, opinaba que:

“En una guerra civil es preferible una ocupación sistemática del territorio, acompañada por una limpieza necesaria, a una rápida derrota de los ejércitos enemigos que deje el país infestado de adversarios”⁵².

En el caso de Azaña, su discurso responde a la creencia personal de que la Guerra Civil era una tragedia nacional y de que no era posible una victoria republicana y era necesario forzar una mediación internacional.

Sería injusto decir que su petición de paz, piedad y perdón se debía únicamente a la situación crítica que vivía la República en la guerra a mediados de 1938 y a la sensación que tenía de haber sido ignorado por todos dentro de aquella España republicana. El mensaje del presidente de la República responde también a una convicción íntima, al hecho de que tenía la certeza de que la guerra y las atrocidades en la retaguardia las habían desencadenado “el odio y el miedo”⁵³. Él sabía que la guerra era una desgracia igual para todos y confiaba en que las futuras generaciones pudieran comprender lo que realmente pasó, las verdaderas razones de ese odio y de ese miedo. El 17 de junio de 1937, un año antes de su discurso, anotaba en su diario:

“En mucho tiempo no se medirá la vastedad del estrago, la profundidad de la desventura. No habrá nadie que se lo diga y se lo demuestre a las generaciones actuales. Los gananciosos borrarán cuanto pueda ensombrecer su triunfo. Los perdidosos lo mirarán desde su desposesión política y económica. Se tejerá una historia oficial, para los vencedores, y acaso una antehistoria, no menos oficial, para los proscritos. Solamente las generaciones que ahora nacen

52 L. E. Togados, op. cit., p. 387.

53 M. Azaña, *Causas de la guerra de España*, p. 95.

podrán comprender lo que todo esto significa de malaventura y perdición”⁵⁴.

Al pedir perdón y piedad para los republicanos, Azaña lo está pidiendo también para los nacionales. Él se muestra a ajeno a todo bando, pues aunque aborrezca a unos se siente abandonado por los otros. Es el presidente de una República a la que ya no representa y que tampoco le representa a él.

El discurso lo pronuncia desde el Ayuntamiento de Barcelona, donde el gobierno de Negrín había trasladado la capitalidad del Estado republicano en octubre de 1937. Está convencido de que hay que terminar la guerra, frente a la postura de resistir hasta el final del presidente del Gobierno, pese a la falta de medios y a la mala situación del ejército republicano. Mientras Negrín insiste en resistir, Azaña habla de paz e insta a poner fin a la guerra. Por ello evoca al sufrimiento y utiliza argumentos sentimentales, para no mostrarse abiertamente contrario al discurso oficial. Además, se centra en los aspectos exteriores de la guerra, es decir, en la participación de otras potencias en el conflicto español y en la necesidad de que fueran las democracias europeas, que él considera que habían dado la espalda a la República, las que mediaran en el conflicto para traer la paz a España.

El parecido de los mensajes de Azaña y de Yagüe está no sólo en que los dos manifiestan una sincera petición de perdón y de reconciliación, sino en que pertenecen a personalidades importantísimas dentro de los respectivos bandos en pugna y, sobre todo, en que sólo distan tres meses escasos entre la difusión de ambos discursos. Yagüe pedía especial perdón para sus camaradas y Azaña lo hacía para todos los que estuvieran envenenados por la guerra, pero la diferencia fundamental entre ambos mensajes es que mientras que Yagüe era un general exitoso dentro del bando franquista, que estaba ganando la guerra, Azaña era ya un presidente prácticamente olvidado dentro del bando republicano, cuya derrota se percibía cada vez más próxima. Por eso, el mensaje de Azaña puede parecer un último intento desesperado de salvar aquello por lo que había trabajado durante su vida política, aunque esto no resta ni un ápice de la sinceridad y de la humanidad que el político alcalaíno vierte en su discurso, ni tampoco impide que éste fuera una de las más importantes manifestaciones a favor de la reconciliación durante la Guerra Civil Española.

TRASCENDENCIA Y EFECTO DE LOS MENSAJES

Un aspecto fundamental a tener en cuenta para determinar la importancia real de estos discursos de reconciliación en el contexto de la Guerra Civil es la trascendencia que tuvieron y el efecto que provocaron, que en ningún caso fue el

⁵⁴ M. Azaña, *Diarios completos*, pp. 993-994.

de poner fin a las hostilidades. El hecho de que la guerra continuara, pese a la importancia de los personajes que lanzaron el mensaje de paz, no resta valor ni trascendencia a las palabras, que han quedado para las generaciones posteriores y que, en su momento, sirvieron para poner, al menos, una nota discordante con el clima de violencia y venganza que se extendía por todo el país.

El discurso de Juan Yagüe del 19 de abril de 1938 fue publicado únicamente en *El Diario de Burgos*, y sólo porque la censura no llegó a tiempo para prohibir su difusión. Las palabras del general causaron una gran impresión en la España de Franco, pues eran muy críticas con la política del régimen respecto a los presos políticos y habían sido pronunciadas por uno de los principales generales azules. Yagüe pedía perdón y clemencia tanto para sus camaradas falangistas presos a raíz de los problemas surgidos tras la unificación con el carlismo como para los presos republicanos que se encontraban reclusos en las cárceles del bando nacional. Decir esto en plena contienda suponía todo un escándalo.

Yagüe era un militar que había jugado un papel esencial en la sublevación de Marruecos y en el avance hacia Madrid. Las críticas procedían, por tanto, de una persona totalmente autorizada que, además, tenía una buena amistad con Franco. Todos los que pudieron escuchar o leer su mensaje entendieron claramente las críticas que vertía contra la justicia franquista. Franco entendió las palabras del general como un mero estallido verbal, algo que, por otra parte, era habitual en él, y se limitó a suspenderlo del mando de tropas durante un tiempo.

Después de la guerra, las palabras de Yagüe y su deseo de impulsar la reconciliación no fueron tenidas muy en cuenta, y sobrevinieron numerosas detenciones, juicios, encarcelamientos y ejecuciones. Sin embargo, él aplicó su mensaje en todo momento a lo largo de su vida y se lo transmitió constantemente a los soldados bajo su mando. Además, otros militares también falangistas, como Muñoz Grandes, seguirían su estela y contribuirían también a difundir y aplicar la norma de “gloria al vencedor y piedad para el vencido”⁵⁵.

Antes de que transcurrieran tres meses del mensaje de Yagüe, el 18 de julio de 1938 el presidente de la República, Manuel Azaña, pronunció en Barcelona un discurso similar centrado en las palabras de paz, piedad y perdón. Fue el último discurso que Azaña pronunció en la guerra y en su vida, y fue transmitido por radio y, al día siguiente, apareció publicado en el diario barcelonés *La Vanguardia* y en los periódicos madrileños *El Sol* y *El Socialista*. Estos dos últimos recibieron un extracto del texto pasado por la censura y suprimieron la palabra paz del final, dejando sólo piedad y perdón, pues en la política de resistencia del Gobierno de Negrín no cabía hablar de paz.

Azaña, que siempre consideró la guerra como una desgracia para toda la nación, pronunció un discurso de paz para intentar convencer a la opinión

55 L. E. Togados, op. cit., p. 571.

pública de que era necesaria una mediación. Proponía la retirada de los voluntarios de otros países y aprovechar las negociaciones que surgieran de esa retirada para acabar con las hostilidades, impulsar la desmovilización e iniciar un intercambio de prisioneros⁵⁶. Por supuesto, él era consciente de la dificultad de que Franco aceptara negociar, pero le consideraba muy influenciado por la opinión de Roma y de Berlín y pensaba que cedería a la presión de las potencias.

Como este proyecto era algo prácticamente imposible, el discurso de Azaña fue, en realidad, un último mensaje de concordia que el presidente quiso enviar, sabedor de que su proyecto político, que había comenzado a poner en práctica durante la II República, había fracasado y de que sólo le quedaba la opción de apelar al perdón y a la reconciliación.

Ese mensaje desesperado de paz, piedad y perdón no fue en vano, pues gracias a él quedó constancia de que no todos los que tuvieron cargos de responsabilidad en la guerra los utilizaron para acrecentar aún más las diferencias y para dañar lo más posible al enemigo. Sin embargo, aunque era consciente de que, como a la mayoría de los españoles, y en especial a los gobernantes, a él también le correspondía una parte de culpa de que se hubiera llegado al desastre, no hay en el mensaje ninguna autocrítica, pues Azaña estaba convencido de que la guerra civil se debía al temor y al odio que los españoles habían acumulando durante generaciones.

El mensaje de Azaña no sirvió para poner fin al conflicto, pues los nacionales, que estaban ganando la guerra, no contemplaban otro final que el de la rendición incondicional del Ejército Republicano. Además, las democracias europeas tampoco estaban dispuestas a comprometerse más a favor de la causa republicana.

La batalla del Ebro, que iba a comenzar en el mismo mes de julio de 1938, parecía suponer el olvido total de las palabras que Yagüe y Azaña habían pronunciado inmediatamente antes. Sin embargo, estos mensajes de reconciliación quedaron en la memoria de todos aquellos que pudieron leerlos o escucharlos y servirán siempre como ejemplo para las generaciones futuras, para que puedan trazar un camino de unidad entre todos los españoles.

⁵⁶ S. Juliá, *op. cit.*, p. 438.